

Mi parte de la tarea

Memorias del general Stanley McChrystal

My Share of the Task: A Memoir

por el general STANLEY A. McCHRYSTAL

Nueva York: Portfolio/Penguin, 2013



El permanente estado de guerra en el que han vivido las Fuerzas Armadas norteamericanas desde 2001 hasta 2014 (“Guerra Larga” para los soldados; “Guerra Global contra el Terrorismo” para los políticos) ha provocado a marchas forzadas un relevo generacional entre los líderes que “estaban” cuando empezó la guerra, y los que la han terminado.

A los Franks, Casey, Abizaid, Sánchez, herederos intelectuales de la Primera Guerra del Golfo (1991), les ha sustituido otra generación más dinámica que ha reorientado la maquinaria militar norteamericana hacia otros derroteros muy diferentes. Así, James Mattis, General de los Marines abanderado del concepto de “Transformación”; el Almirante William MacRaven, un marino con sobresalientes cualidades de liderazgo; o el conocido David Petraeus, cuyo final político hace desmerecer sus capacidades militares e intelectuales, son nombres señalados cuyo prestigio ha creado una importante escuela en los Estados Unidos y en todo Occidente.

De esta nueva hornada de generales, quizá el representante más carismático sea Stanley Allen McChrystal (Fort Lavenworth, Kansas, 1954). El 11 de septiembre de 2001, McChrystal era un joven General de Brigada de 47 años destinado en una unidad aerotransportada del Ejército regular. Nueve años después, el 23 de junio de 2010, cuando, abrasado por su sobreexposición a los medios, fue cesado por el Presidente Obama, había alcanzado el rango de General de cuatro estrellas (*Army General*) y ocupaba el puesto de Comandante de las fuerzas norteamericanas y de la OTAN en Afganistán. En estos escasos nueve años, McChrystal se convirtió en el catalizador de una transformación organizativa y de un cambio doctrinal que han resultado vitales para que los Estados

Unidos hayan podido presentar su salida de ambos teatros de una manera medianamente digna, y mucho menos desastrosa que lo que se podía prever allá por 2005-2006.

Estas experiencias en tiempo de conflicto, y su vida militar anterior, nos las ofrece Stanley McChrystal en un libro de memorias titulado “Mi parte de la tarea”, verso extraído del credo de los Rangers. En él, este ascético militar de casta, lector de Cervantes y admirador de Nelson, nos explica a través de su carrera la esencial transformación que ha sufrido el Ejército de los Estados Unidos – y la guerra en sí – desde Vietnam hasta hoy.

En un bello y austero inglés, McChrystal reproduce episodios que ilustran un tipo de liderazgo militar basado en la ejemplaridad, en la camaradería y en la –limitada– superación de las barreras del rango para crear unos vínculos emocionales más fuertes que los jerárquicos. De alguna manera, McChrystal recupera un tipo de líder casi de “partida de guerrilleros” más que de “general de academia”, que es lo que es. En este modelo, la empatía, la proximidad, son más valiosos que una competencia profesional aséptica, tipo de mando que él encontró al salir de la academia.

Sus enseñanzas como líder se entreveran con el contenido de más calado del libro: la evolución del Ejército, y en general de las Fuerzas Armadas norteamericanas, desde que saliera de West Point en 1976 hasta 2010. Cuando el joven teniente McChrystal egresa de la Academia se encuentra con un ejército traumatizado, moralmente deshecho, sin fondo intelectual, y con la musculatura sin tono tras la derrota en Vietnam. Desde este punto, McChrystal va asistiendo, esperando, a la reacción de una organización de calidad, que es capaz de rebelarse contra su propia decadencia. Esta regeneración parte de la base de abandonar (y olvidar) la guerra irregular (Vietnam), para adoptar un nuevo modelo orientado al combate convencional.

El empeño norteamericano en Asia había sido aprovechado por los soviéticos para alcanzar una superioridad en doctrina y medios en Europa que alarmó al Pentágono. Para revertir este desequilibrio, vio la luz una doctrina de nivel operacional denominada “batalla aeroterrestre”¹, que orientó la reconstrucción del *US Army* en los años ochenta. Al final de esta década, los norteamericanos habían alcanzado a los soviéticos y neutralizado su ventaja. Esta paridad convencional en Europa, sumada a la superioridad estratégica prevista por la Iniciativa de Defensa Estratégica en época de Reagan (la “guerra de las galaxias”) determinaron el desenlace de la Guerra Fría en su vertiente militar (quizá no la más importante de todas, aunque suene iconoclasta).

Con esta munición intelectual y tecnológica, el US ARMY ejecutó brillantemente en 1991 la operación “*Desert Storm*”, en la Primera Guerra del Golfo. Alcanzada con maestría una victoria clásica sobre

1 “*Air-Land Battle*”. Doctrina que introduce en Occidente el concepto de nivel operacional y arte operacional. Fue publicada por primera vez en el *Field Manual* FM-100-5, Doctrina para Operaciones del *US Army*, en 1982. Una versión actualizada apareció en 1986

los iraquíes, y tras el preceptivo desfile con confeti por Nueva York, el Ejército se dispuso a disfrutar cómodamente de la *Pax Americana*. Las operaciones en la antigua Yugoslavia no pasaron de compromisos de baja exigencia que para nada retaron medios ni mentalidades vigentes.

Y en este estado de cosas, se llegó a septiembre de 2001. A partir de este momento, McChrystal se ve envuelto de manera directa en los dos grandes conflictos de la década. Desde Irak, Afganistán y Washington (donde ocupó el cargo de secretario de la Junta de Jefes de Estado Mayor), McChrystal va generando una visión particular de los problemas, hasta asumir dos realidades: la primera, por extraño que parezca a mentalidades como la española, es que los militares americanos no estaban “comprendiendo” lo que pasaba a su alrededor; lo cual lastraba pesadamente la maquinaria norteamericana y sus resultados. Para paliar esta carencia se acuña el concepto de “*understanding*”, que no es sino el esfuerzo para acomodar los esquemas mentales preexistentes a una nueva realidad política o militar. Pasaron casi dos años hasta que en 2005 los norteamericanos “comprendieron” lo que lo que estaba pasando ante sus ojos: un movimiento violento, nacido y alimentado por la población, o parte de ella, que se articulaba en redes, en anillos concéntricos, en nodos y que mostraba una descentralización y una resiliencia imbatibles. Un enemigo y un ambiente no ya desconocidos, sino incomprensibles para las mentalidades y los procedimientos instalados en los cerebros de los generales y estados mayores en 2003.

Una vez enunciado al problema al que se enfrentaban, los norteamericanos diseñaron su solución. Haciendo de necesidad virtud y en un ejercicio de flexibilidad, un equipo dirigido por el General Petraeus y una serie de intelectuales (David Killcullen, Steven Metz...) desarrolló un modelo que cristalizaría en la doctrina de Contrainsurgencia, o COIN², definido por muchos como el nuevo paradigma para el empleo de la fuerza militar:

Pues bien, en lo que constituye quizá el contenido de más calado de su libro, McChrystal reconoce que la guerra de contrainsurgencia se asemeja en dinámicas y resultados a los “mercados” de bienes y servicios más que a las guerras convencionales a las que históricamente habían hecho frente los militares. McChrystal denomina este fenómeno como “*entrepreneurs of battle*” y se alinea con Steven Metz quien escribe: “[...] Las insurgencias contemporáneas se parecen mucho menos a una guerra tradicional en la que los combatientes buscan la victoria estratégica que a un violento, fluido y competitivo mercado. Esta circunstancia es el resultado de la globalización, el declive del apoyo de los estados a las insurgencias (...) y la imbricación de la insurgencia con complejos conflictos asociados al fenómeno de la debilidad y el fracaso de los estados (...)”³. Nos encontraríamos ante una guerra en la que victoria no está necesariamente presente...pero en la que la derrota no es aceptable. COIN se convierte pues en la versión posmoderna el arte de la guerra.

²Publicada en el *Field Manual* 3-24, *Counterinsurgency*, Diciembre de 2006.

³Metz, Steven. “New Challenges and Old Concepts: Understanding 21st Century Insurgency”. *Parameters*, Invierno 2007-2008: 23

Hasta aquí el resumen, necesariamente escueto, de las grandes ideas que trasmite McChrystal en su libro. Pero, ¿qué relación puede tener todo lo anterior con España? ¿Es útil el recorrido de McChrystal para analizar la evolución del Ejército Español y de sus Fuerzas Armadas? ¿Cuáles son los términos del debate en España sobre los temas que trata McChrystal en su libro?

El desarrollo de todos los ejércitos se alimenta de evaluaciones estratégicas; experiencias propias y experiencias ajenas; y está limitado por la disponibilidad de recursos y por intangibles como la opinión pública, la situación política, el nivel cultural de la población, etc., etc. En los cuarenta años que abarcan las memorias de McChrystal, España no ha sido una excepción.

Cuando McChrystal estudiaba en West Point, el Ejército español está empeñado en el Sáhara, atendiendo a dos amenazas totalmente distintas: por un lado, la acción insurgente del Frente Polisario, que adopta una estrategia de guerra revolucionaria en el desierto; y por otro la amenaza directa de las Fuerzas Armadas marroquíes, a las cuales se veía como un adversario convencional a batir. Una guerra revolucionaria de insurgencia en un medio sin población está lastrado de partida, y así lo percibieron rápidamente los militares españoles, que contuvieron sin grandes problemas las actuaciones del Polisario⁴. La gran preocupación siempre la constituyó el Ejército marroquí. Los militares españoles salieron del Sáhara sin combatir, pero con el convencimiento—justificado—de que hubieran triunfado de manera rápida y contundente. No había motivos, pues, para cambiar una orientación que seguiría siendo la de unas fuerzas armadas capaces de vencer a un ejército rival en entorno convencional. En una decisión estratégica muy razonable se adopta el modelo organizativo y doctrinal francés en el Ejército de Tierra, en contraste con una muy marcada orientación norteamericana en la Armada y en el Ejército del Aire.

De las experiencias ajenas, Vietnam, se extraen algunas lecciones, como por ejemplo el valor de la aeromovilidad, con lo que se potencian las unidades de helicópteros. Pero poco más, porque en el pensamiento militar español siempre existió el convencimiento de que los norteamericanos perderían aquel envite. Desde 1808 sabemos que no se puede ganar una guerra contra la población⁵: España es un país de insurgencias, no de contrainsurgencias; De ahí que la

⁴ Se estima que durante el conflicto el Ejército español sufrió desde 1973 hasta 1975 una decena de bajas mortales, mientras que las del Polisario están por determinar, pero seguramente fueron bastantes más. Ver Cobo, Ignacio & Mariño Menéndez, Fernando M. *El conflicto del Sáhara Occidental*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2006. Pg. 33-38

⁵ Es muy significativa la respuesta que el general Franco da a la solicitud de ayuda militar que los EE.UU. hicieron a sus aliados en 1965, ante el cariz que tomaban los acontecimientos en Vietnam. Contesta textualmente Franco: “[...] Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados: la guerra de guerrillas en la selva ofrece ventajas a los elementos indígenas subversivos que con muy pocos efectivos pueden mantener en jaque a contingentes de tropas muy superiores; las más potentes armas pierden su eficacia ante la atomización de los objetivos; no existen

“comprensión” de la situación que McChrystal añoraba en Irak nunca hubiera supuesto un problema para los militares españoles⁶. Más influencia tuvo en España el resultado de las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973, que confirmaron a los militares españoles que un ejército con un fuerte componente acorazado y mecanizado es el más apto para la guerra convencional; y esta, la hipótesis más peligrosa.

En los años ochenta se asume de una manera informal, tácita, por parte de los Ejércitos de Tierra y del Aire la doctrina de la batalla aeroterrestre. Como, afortunadamente, la experiencia propia es muy escasa, el diseño de las Fuerzas Armadas españolas se hace en gran parte por imitación. Así, el Ejército de Tierra se dota a finales de los setenta y a principios de los ochenta de los medios necesarios para llevar a cabo la “maniobra en profundidad”, que es el concepto básico de la batalla aeroterrestre y que requiere de una gran unidad tipo Cuerpo de Ejército para llevarla a cabo. Sin embargo no incorpora a su doctrina el nivel operacional, que es el escalón de mando y control que la hace posible, por la inexistencia de un órgano conjunto que encarne este nivel. Así aparecen en los arsenales españoles helicópteros de ataque, medios de fuego de largo alcance por saturación (lanzacohetes), fuerzas de operaciones especiales, batallones de helicópteros de maniobra y transporte, unidades mecanizadas rápidas (en Caballería e Infantería) y unidades de defensa aérea capaces de acompañar a las unidades mecanizadas y acorazadas. A su vez el Ejército del Aire se articula en tres grandes componentes a imitación de la USAF: el Mando Aéreo de Combate, para conseguir superioridad aérea, el Mando Aéreo de Transporte, para proyectar fuerzas y suministros en el teatro y, sobre todo, el Mando Aéreo Táctico, con misiones específicas de ataque al suelo, base fundamental de la batalla aeroterrestre. En cuanto a la Armada, se ha mantenido fiel al diseño estratégico del Almirante Carrero Blanco de finales de los sesenta y que, limitado económicamente, ha permanecido hasta hoy, con la incorporación de la Acción Marítima como modo de actuación. La Armada siempre se integró en la arquitectura estratégica norteamericana con respecto a la amenaza compartida, consciente de que si era capaz de cubrir lo más, también lo sería de cubrir lo menos (necesidades puras de autodefensa contra la amenaza no compartida).

En resumen, las Fuerzas Armadas “hablaban en prosa sin saberlo”. Lo que en la doctrina norteamericana tenía todo su sentido (recordemos por ejemplo el avión A-10, el helicóptero Apache, los lanzacohetes MLRS entre otros sistemas) en España constituía un arsenal para el que no se contaba con doctrina adecuada ni con medios de mando y control necesarios (conjuntos, digitales, proyectables).

puntos vitales que destruir para que la guerra termine; las comunicaciones se poseen en precario y su custodia exige cuantiosas fuerzas. Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión (...)”

[http://www.fnff.es/La opinion de Franco sobre la guerra de Vietnam 61 c.htm](http://www.fnff.es/La_opinion_de_Franco_sobre_la_guerra_de_Vietnam_61_c.htm). Consultado el 6 de agosto de 2016.

⁶De hecho así fue, y no fueron pocos los conflictos entre las aproximaciones de los mandos norteamericanos de la operación en Irak y su homólogos españoles respecto a cómo tratar los problemas de seguridad

Durante la década de los noventa se sufre, como en Estados Unidos, el espejismo balcánico. Operaciones de mantenimiento de paz que requieren esfuerzos de poca intensidad, salvo en logística y en interoperabilidad. Los militares españoles se acostumbran a salir al exterior; aprenden inglés y se integran con fuerzas de países de la OTAN. Esta organización, y su doctrina, acaban por convertirse en el mantra doctrinal español, muchas veces de forma acrítica.

Los desafíos de Irak y Afganistán sorprenden a las Fuerzas Armadas españolas exactamente igual que a las norteamericanas. Se enfocan estos conflictos de la misma manera que los de la década de los noventa, con el resultado que McChrystal describe en su libro: desconcierto y falta de medios adecuados. Tras imponerse la solución COIN en Estados Unidos, el debate sobre el modelo de Fuerzas Armadas también se instala en España, pero provocado más por la crisis económica que por las lecciones aprendidas en combate. Y este, el económico, es el principal factor modelador de la defensa y sus medios durante los últimos diez años.

Sin embargo el debate sobre la defensa y las Fuerzas Armadas sale en España lastrado de partida. Por un lado, se carece de una doctrina nacional operacional y un nivel operacional nítidos (el Mando de Operaciones como avance en este sentido lo encarna formalmente, pero su ámbito se adentra claramente en el nivel estratégico); y por otro lado se añade la no adopción de las operaciones orientadas a efectos, y su planeamiento correspondiente, extendidas por todo Occidente⁷. En resumen, a pesar de los esfuerzos por mejorar, el debate no se puede plantear como en el resto de países y se repliega hacia ámbitos conocidos y familiares: la tensión específico-conjunto. De hecho incluso la doctrina no se articula formalmente en los niveles del conflicto, táctico, operacional, estratégico, sino en específica y conjunta. No se debate sobre el “producto” que las Fuerzas Armadas tienen que entregar al Gobierno (combates, operaciones mayores, campañas, guerra convencional o de contrainsurgencia, tipo de resultados esperados) y con qué medios conseguirlo; sino sobre “quién” es el encargado de adquirir y poseer estos medios y de administrar la organización. Así, la pregunta no es: “¿en qué tipo de guerra se van a emplear las Fuerzas Armadas?”, sino, “¿cuáles son las competencias y las prioridades en el proceso de preparación de las Fuerzas Armadas?”

Por concluir, en las Fuerzas Armadas existe una tendencia hacia lo conjunto que, pese a resistencias de todo orden, va imponiéndose inevitablemente como solución, pero no a un problema operativo o estratégico, sino como respuesta organizativa a un periodo de carencias presupuestarias agudas.

El recorrido que nos propone Stanley McChrystal es una excelente excusa para provocar y alimentar el debate en España. Se trata, en resumen, de un importantísimo libro que permite comprender por qué

⁷ Recientemente hemos sabido que el *Daesh* utiliza para sus acciones un planeamiento orientado a efectos. <http://iswresearch.blogspot.com.es/2015/09/isiss-global-strategy-september-2015.html> Consultado el 4 de agosto de 2016

las campañas de Irak y Afganistán han finalizado, pero sus guerras respectivas continúan. La obra constituye una invitación a reflexionar sobre liderazgo, y sobre el valor de la innovación, pero sobre todo sobre el significado de la palabra victoria. Un libro en fin que, aunque está escrito fundamentalmente para militares, encierra un contenido filosófico y político útil para todos los estudiosos de las relaciones internacionales y de la defensa, en España también. Debemos agradecerse y aprovechar esta oportunidad. Este libro definitivamente otorga a McChrystal un puesto en la historia del pensamiento militar norteamericano.

Luis Andrés BÁRCENAS MEDINA

Teniente Coronel de Transmisiones DEM

MA in Defence Studies, King's College (Londres)

Jefe de Batallón. Regimiento de Transmisiones 22